

**EL
PUENTE
DE
GO CONG**

EMILIO G. ROMERO

EL
PUENTE
DE
GO CONG

52º PREMIO DE NARRATIVA
CIUDAD DE ALCALÁ DE HENARES

algaida



La novela *El puente de Go Cong* ganó la 52.º edición del Premio Ciudad de Alcalá de Henares en la modalidad de Narrativa.

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2022

© Emilio G. Romero, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-714-9

Depósito legal: SE. 105-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	15
CAPÍTULO 3	40
CAPÍTULO 4	68
CAPÍTULO 5	87
CAPÍTULO 6	115
CAPÍTULO 7	145
CAPÍTULO 8	147
CAPÍTULO 9	169
CAPÍTULO 10	191
CAPÍTULO 11	218
CAPÍTULO 12	243
CAPÍTULO 13	263
CAPÍTULO 14	266
CAPÍTULO 15	297
CAPÍTULO 16	322
POST SCRIPTUM	327

*A esos pocos que, tan lejos,
hicieron tanto por tantos*

Daniel, mi hermano,
eres mayor que yo.
¿Sigues sintiendo el dolor de las cicatrices
que no curarán?
Tus ojos han muerto,
pero ves más que yo.
Daniel, eres una estrella
en el rostro del cielo.

Daniel va a tomar esta noche un avión.
Puedo ver las luces rojas de la cola
dirigiéndose hacia España.

Daniel, ELTON JOHN

CAPÍTULO 1

NO ES QUE NO QUISIERA, ES QUE NO SUPO QUÉ RESPONDER cuando su madre le dijo que el abuelo quería llevarla al mismo espectáculo que había visto ya tres veces. Miranda levantó los ojos del portátil lo suficiente como para ver los de sus padres clavados en los móviles, esperando reacción. Era difícil descifrar si las miradas a la pantalla escondían una nueva queja por las manías del anciano o un aviso sobre los primeros síntomas de demencia senil. Lo cierto era que nunca le había oído hablar de esa afición por los musicales como para querer ir una cuarta vez.

—Solo quiere llamar la atención —terminó contestando sin dejar de teclear.

En realidad, lo que más le fastidiaba era que le había dado tiempo a comprobar en el grupo de WhatsApp de Las Supremas la coincidencia de fechas con una fiesta en un colegio internacional a la que iba a acudir con sus amigas. Corrían rumores de que ese curso sobresalía un grupo

de chicos orientales guapísimos y no quería perder la oportunidad de conocerlos. No habría otra hasta el final del segundo trimestre y no tenía intención de estar en desventaja con Elena, Angie y Laura en la catalogación, crítica e incluso cata de esa promoción tan exótica.

Su padre cambió de aplicación, pero esta vez no fue tan comprensivo.

—Pues tendrás que organizarte porque puede ser la última oportunidad de compartir buenos momentos con él en su sano juicio. —Le gustaba el drama.

Ella trató de ganar tiempo buscando alguna reseña en planesdeociomadrid.com.

—¡Madre mía, encima tres horas cantando en chino!

—Es en inglés; además, este lo han traducido al español.

Aun así, le horrorizó el horizonte de más de tres horas sentada en una butaca escuchando cantar sin poder saltar, pedirse algo en la barra o mover la linterna del móvil a los cuatro vientos. ¡Qué pesados eran esos americanos antiguos para contar una historia tan simple! Tenía muy claro que lo que no se podía explicar en cinco minutos, no servía para entretener.

CAPÍTULO 2

CUANDO EL CABO TURRIÓN SE MOVÍA DANDO ZANCADAS no presagiaba nada bueno. Y menos si eran felices y saltarinas zancadas como si, por así decirlo, digiriera con asombrosa facilidad las malas noticias que tenía que dar. Jamás había dudado en ser el mensajero del miedo, la decepción, la incertidumbre o directamente, la desgracia. Disfrutaba atravesándose trágicamente en la vida de los demás y más, en la mía; no le caía bien, como a casi nadie en el cuartel. A través de la cristallera lo vi acercarse de esa manera tan peculiar como si el paso de la oca se le quedara corto y lento en su objetivo de joder al prójimo. La enfermería me servía de refugio de Turrión, del resto de *turriones* y de las bochornosas tardes de finales de agosto. El de 1966 estaba acabando enrabiado, como si el verano se resistiera a abandonarnos hasta el año siguiente.

—A la orden, mi brigada —saludó—. Tiene que presentarse urgentemente ante el mando.

Mi tracto digestivo sufrió un leve espasmo. Nunca había llevado bien lo de los adverbios de tiempo en el ejército, pero como la tendencia era a interpretarlos siempre a favor de los superiores, me retrasé lo imprescindible.

—Mi coronel. —Me cuadré.

—Descanse, Uría. He recibido un radiograma de arriba para que esté preparado a la una de esta madrugada. —Se levantó. No había nada que gustara más a un oficial que darle vueltas a un subordinado firme mientras le hablaba—. No le hubiera llamado si no es porque viene acompañado de su pasaporte recién sellado. No sé a dónde le mandan, pero usted no parece sorprendido. —Lo cogió de la mesa—. ¿Alguna idea de qué se trae entre manos el Estado Mayor?

—No, señor; mejor dicho: no sé nada del destino, pero en un mes me han hecho unas fotos tamaño carné y vacunado de fiebre amarilla, tifus, viruela y cólera; supongo que no será para enviarme a Ávila, señor.

Ni se inmutó. Ironía y Ejército nunca han hecho buenas migas y es cierto que reírse siempre ha tenido un algo democrático que lo vuelve peligroso y subversivo, ya que, a diferencia de otras actividades como declarar la guerra u opositar a juez togado militar, está al alcance de cualquiera, incluso del soldado más raso. Pero en ese momento, mi superior debió deducir que, con lo que me tenía preparado el Ministerio del Ejército, no merecía la pena ponerme a hacer flexiones.

—La orden viene del teniente coronel Saénz de Tejada, de la Sección Segunda; es buen amigo y si no fuera una misión muy especial y secreta, me habría dicho algo.

—Se volvió a la mesa y, sin sentarse, comenzó a ojear una voluminosa carpeta gris que contenía mi cartilla militar, un tocho de folios sueltos y unas fotos cogidas con un clic mohoso—. Según su hoja de servicios —comenzó a leer las mentiras que habían escrito mis superiores en anteriores destinos—... Habla idiomas, ¿no?

—Francés materno e inglés, señor.

—¿Y eso no le da alguna pista?

—Pues... ¿Algo en África otra vez, señor?

—Podría ser —siguió leyendo—. Buena familia, varios idiomas, sanitario aspirante a médico y, sin embargo, destinado en Kimdra, Lanzarote y Guinea. Tiene todo lo necesario para ascender, pero.—Extrajo la cartilla militar y el listado de mis once expedientes disciplinarios—... ¿Qué coño le pasa en los cines?

Oculté mi lado innoble, pero le expliqué lo mejor que pude y sin entrar en detalles que consideré ambientales que, de vez en cuando, me defendía del gamberrismo de algunos espectadores que no me dejaban disfrutar tranquilamente de una película. Por su cara, no pareció entender lo frustrante que podía llegar a ser no oír a Robert Mitchum decir lo que quería decir en el momento que quería decirlo porque alguien abriera una bolsa de dulces o salados.

Se puso delante de mí.

—Uría, ¿cuántos coroneles gilipollas ha conocido?

—¿Señor?

—La pregunta es clara.

—Ninguno, señor, jamás; nunca he conocido a ninguno.

—¿Y cree que esa parte concreta de su vida va a cambiar hoy?

—No, señor.

Cerró la carpeta de mi historial.

—Un militar con más arrestos por el cine que por mujeres o alcohol no puede ser de fiar. ¿Qué clase de carrera cree estar haciendo?

—Con el debido respeto, mi coronel, una en círculos. Y hacia abajo.

—Explíquese.

—No todos podemos ir hacia arriba, hay que dejar sitio. —Me miró muy molesto—.

¡Así que está a la que salta para criticar a sus superiores!

—No le entiendo, señor.

—¡De sobra! Acaba de insinuar que nuestro Ejército está lleno de trepas. —Yo era el que estaba a la que salta—. Recoja el pasaporte ahora mismo y salga de aquí echando leches. Equipaje personal mínimo imprescindible sin material médico y vaya de paisano. —Mi sorpresa iba en aumento, se dio cuenta—. Viene resaltado en la orden.

Me volví a cuadrar y di media vuelta hacia la puerta.

—¡Brigada! —Me giré—. Ni una palabra a nadie de la misión, discreción total. También viene. —Levantó el radiograma.

Mientras esperaba el transporte pensé en la naturaleza de las órdenes militares, con su aura mucho más intimidatoria que cualquier notificación de los recaudadores de impuestos o de la Dirección General de Seguridad, sobre

todo cuando se daban elevando una tercera o incluso una quinta completa por encima del tono de la conversación, pero que algunas veces se convertían, por unos instantes, en una bobada que las desproveía de autoridad, puesto que no podía ser indiscreto sobre una misión que desconocía. Lo que resultaba incuestionable era que al coronel le aliviaba que me largara de allí.

Me recogió un automóvil a las afueras del cuartel. No conocía al conductor, pero era un militar de paisano, se nos notaba a leguas; debía ser del Servicio de Información porque eran los únicos capaces de no hacer el menor amago de iniciar una conversación durante cinco minutos seguidos. ¡Qué me gustaban esos tipos duros de las películas que miraban por el retrovisor perdonándote la vida! Para sobrellevar el incómodo silencio, busqué en mi chaqueta la imagen plastificada de la Virgen María, tamaño billetera, que madre me había regalado cuando partí a mi primer destino, pero lo que encontré fue el pasaporte. Nunca había tenido uno. Lo manoseé como el que disfruta un tesoro; al dorso tenía un listado de países: Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia, Polonia, Rumanía, URSS, Yugoslavia, República Democrática Alemana, Corea del Norte, China y Vietnam del Norte. Su interior contenía la amable autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores para viajar por todo el mundo durante un año, «salvo a los países reseñados al dorso». No dejaba de ser sugerente la idea de ver, por primera vez en mi vida, unos cuantos rojos juntos sin estar siendo apaleados por la policía, pero lo cierto fue que me reconfortó eliminar de mi misterioso destino ciertas posibilidades; hubie-

ra resultado excesivo el sacrificio por la patria en misión de espionaje en algún país de la *comulista*. El trayecto se prolongaba tanto como el silencio del conductor incluso cuando no tuve dudas de que me acercaba a Barajas. Mientras aparcaba discretamente a las afueras, apagó las luces.

—Enseñe su carné militar a la guardia civil, le dejará pasar la aduana. A la izquierda de la puerta de embarque número 2 hay un pasillo casi sin iluminación; a media altura, un portoncillo de color gris claro con un letrero de prohibido el paso en rojo. Espere allí a las tres en punto.

Tras preguntarle a una pareja de guardiaciviles, me presenté en el punto de encuentro que daba acceso a las pistas. Desde luego, fuera cual fuera la misión, estaba claro que ese recóndito rincón buscaba el embarque pasando desapercibido. Un individuo de paisano apareció de la nada a la hora prevista, abrió la puertecilla y me hizo una señal de que le acompañara. Ya había visto *007 contra el Dr. No*, *Desde Rusia con amor* y *Goldfinger* y aquella inoportuna misión me iba a privar del estreno de *Operación trueno* que se anunciaba para la vuelta del verano, así que mi yo cinematográfico puso en marcha la imaginación. Sin duda, iba a protagonizar una aventura lo más parecido que podía permitirse España a las andanzas de James Bond. Las solitarias pisadas por la pista avivaron la curiosidad por conocer qué me esperaba en el pequeño avión comercial de Iberia que, con la escalerilla bajada, permanecía casi a oscuras en una esquina apartada. Apenas tenía dos o tres luces interiores encendidas. La sorpresa fue mayúscula al encontrarme dentro con otros hombres de

paisano plegando los brazos de sus asientos para viajar más cómodos. Nos miramos sin que nadie preguntara mientras cada uno se situaba en una ventanilla ocupando una fila completa de tres butacas. Mi colon se contrajo violentamente cuando, tras unos segundos, la puerta se cerró y el avión inició la maniobra de despegue. No era tanto un problema de afortunada o desafortunada organización de mi cuerpo, sino que la planta de tratamiento de residuos era, desde pequeño, especialmente sensible a los estímulos exteriores.

La naturaleza castrense siempre ha tenido sus dificultades así que, inseguro de la condición militar y rango del resto del pasaje, opté por no arriesgarme a otra mancha en mi hoja de servicios y me acomodé a la espera de que alguien iniciara una conversación. No se produjo, lo que aumentó el suspense y me sugirió que, definitivamente, podía estar ante la versión más española de una misión al servicio de Su Majestad, nuestro Gran Vigía de Occidente. Sin embargo, no pude evitar sufrir un nuevo movimiento intestinal, esta vez continuado, cuando me pasaron por la cabeza varias películas de misiones especiales tras las líneas enemigas; en todas, sin excepción, uno de los paracaidistas que se lanzaban de noche moría en los árboles antes de tocar tierra. Sus camaradas se compadecían de la mala suerte, pero por culpa de las prisas de la misión o de las necesidades del metraje, no solían tener tiempo para enterrarlo y lo dejaban ahí arriba, colgado en posición acrobática, pasto de insectos y alimañas.

Conforme amanecía y el sol tomaba posiciones delante del avión, no cabía duda de que íbamos cada vez

más hacia el este; mi idea del destino africano se iba desdibujando. A pesar del duermevela, pude ver de reojo como el mismo hombre que me había conducido hasta el avión se sentaba junto a mí.

—Uría, soy el comandante médico García Granados, al mando de esta misión.

Intenté medio erguirme para saludar, pero en tan poco espacio solo conseguí caerme en el asiento ante su sonrisa. Era la primera vez en mi vida de soldado que una torpeza provocaba la risa de un superior y no un arresto.

—Deje las formalidades de momento. Solo quería darle la bienvenida al grupo. Por ahora, solo puedo decirle que vamos a Beirut.

¡Beirut, la novia de los árabes! Todo el mundo sabía que Líbano era la envidia de Oriente Medio por su estabilidad, progreso, lujos y libertades, solo superados por la España de nuestra prensa oficial. Quizás, en repentina e interesada amistad con ese mundo árabe, nuestro Gran Vigía nos mandaba a alguna misión de colaboración. Sí, tenía que ser eso porque el comandante era médico, sanitario igual que yo. Pero el gobierno no la hubiera ocultado; habría hecho bandera de su generosidad y nuestra partida se habría publicado a los cuatro vientos con despedida oficial incluida de los ministros de turno. Sin embargo, mi destino exótico en Medio Oriente, lleno de estabilidad, progreso y lujos, tardó en desvanecerse el tiempo justo que invertimos en aterrizar en Beirut y, sin pasar por la zona de tránsito, dirigirnos a un avión de la Pan Am estadounidense. Andando por la pista, se volvió a acercarse Granados.

—A partir de ahora, silencio sobre profesión e idiomas. Tendremos mucha gente alrededor en el avión; si tiene que hablar con alguien, solo en español y de superficialidades. Va de viaje de negocios a Manila.

¡Superficialidades! Mi campo favorito, cada vez lo usaba más y me iba estupendamente en la campaña de limpieza de mi historial militar.

¿Hablar solo en español? El comandante tenía que saber que manejaba más de un idioma. Nuestro grupo fue acomodado en primera clase por unas azafatas muy diligentes; era evidente que todo aquello estaba perfectamente coordinado con la aerolínea americana. De repente, dejé de darle vueltas al misterioso destino de la misión y me concentré en disfrutar de aquel portento de la ingeniería aeronáutica estadounidense que era la butaca reclinable que me había tocado. Decían que los yanquis lo hacían todo a lo grande y realmente no había visto jamás un asiento de avión que equivaliera a una fila de tres de cualquiera de Iberia. Fuera cual fuera la misión, aquello empezaba a merecer la pena, aunque muy pronto tuve la misma sensación contradictoria que debía inquietar en las películas al condenado al que se ofrecía una succulenta comida antes de ejecutarlo.

¡Manila! De Filipinas solo conocía las historias coloniales del abuelo y cómo reclamó durante años que le reconocieran como uno de los últimos en irse. La familia siempre lo justificó por la moda que trajo el éxito de una película sobre aquella guerra a finales de los cuarenta y que hizo aparecer últimos de Filipinas hasta debajo de las piedras. Del presente solo había oído que un hombre tan

simpático y generoso como nuestro Gran Vigía acababa de hacerse con el poder. Esperaba que al Estado Mayor no le hubiera dado, con eso de la perniciosa ociosidad del militar, por intentar una reconquista de la antigua colonia.

La cercanía de mis compañeros se volvió algo incómoda porque llevábamos ya muchas horas de vuelo juntos, pero ni nos habíamos presentado.

—Brigada sanitario Rodrigo Uría —susurré estirando la mano.

Mi vecino de asiento me devolvió el gesto.

—José Linares. —Su mirada recriminatoria fue suficiente para que me diera cuenta de que me había identificado como soldado, olvidando la discreción.

—¡Oh, disculpe! —volví a susurrar temiendo un nuevo tachón en mi historial.

Una azafata se inclinó ofreciéndonos el almuerzo, lo que rebajó la tensión porque empezó a servir unas salchichas que ella llamaba perritos calientes, pero que eran salchichas, eso sí, las más grandes que había visto en mi vida. Debían ser de mastín inglés o gran danés. Hubiera preferido una buena hamburguesa o un bocadillo de ros-bif, pero trocear aquel perrazo caliente sin que se saliera de la bandeja era la primera cosa divertida que me ocurría en las últimas veinticuatro horas.

Casi sin descanso en las escalas de Karachi y Bangkok, el avión parecía buscar el lugar exacto donde nace el sol. Algunos de mis compañeros cuchicheaban de vez en cuando, como si se conocieran o, al menos, pudieran compartir ya el objetivo de la misión. La capital tailandesa tenía que ser la última parada antes de Filipinas, pero

el poco tiempo transcurrido hasta nuestro siguiente descenso me hizo dudar. Y más cuando empecé a escuchar lejanas explosiones que la megafonía del piloto no aclaró.

—En el exterior la temperatura será de unos treinta y cinco grados y la humedad relativa del ochenta y cinco por ciento. El fuego aéreo ahora mismo es de leve a moderado por lo que esperaremos a que salga el sol completamente para aterrizar.

Cuando amaneció y las explosiones se dejaron de oír, el avión tocó tierra y su deceleración permitió comprobar por la ventanilla una increíble actividad de despegue y aterrizaje de helicópteros, bombarderos, naves nodriza y cazas con la estrella blanca estadounidense; inmensos aviones militares vomitaban *jeeps*, tanques y cañones por sus rampas mientras una hilera de féretros montados en una cinta transportadora subía por la trasera de un colosal aparato en el lateral de una pista. No podía ser otro sitio que Vietnam. Era lógico que hiciéramos escala también allí porque no había podido evitar oír el inglés americano, abierto y desestructurado, de gran parte del pasaje. Como en las anteriores escalas, Granados me hizo el gesto de permanecer en el asiento, pero esta vez el avión se vació por completo. Mis compañeros empezaron a moverse y el comandante se sentó a mi lado.

—Saigón, Uría. Fin de trayecto.

Debió notar que palidecía.

—En este país hay una guerra y quinientos médicos para catorce millones de personas; desde hoy, somos quinientos cuatro. —Señaló a Linares y a otros dos viajeros—. Cuatro somos oficiales médicos y el resto, practi-

cantes, salvo Labourdette —le miró— que viene para intendencia. —Terminé de ponerme blanco—. Venimos en misión humanitaria a curar enfermos. Espero que no sea usted el primero.

—Disculpe, señor, ha sido la sorpresa; bueno, y saber que aquí está muriendo gente.

—Pero nosotros no venimos a matar, sino a salvar vidas. —Nos levantamos mientras me entregaba una carta del Ministerio del Ejército—. Esto es un decálogo de comportamiento. Tenía órdenes de no desvelarle el destino hasta pisar suelo vietnamita. Es el único que no sabía la misión, los demás vienen voluntarios.

El concepto de voluntario siempre me fue ajeno, no por falta de interés en comprenderlo, sino de manuales que explicaran los mecanismos cerebrales necesarios para llegar al convencimiento de que ofrecerse a poner la vida en peligro podía elevar una o varias virtudes del espíritu. Me asomé buscando la escalerilla de bajada, una vaharada de aire caliente y húmedo casi consigue que me desmaye; desde ese instante, no dejaría de estar empapado y sudar a chorros durante muchas semanas. A pie de pista nos esperaba un microbús para llevarnos a la entrada del edificio principal. El aeropuerto internacional Tân Sơn Nhat vivía un trasiego increíble de camiones y *jeeps* militares; grupos de soldados americanos masticaban chicle y fumaban en alegre conversación entre recuento de cajas de muertos y de armamento; por su envergadura, aquellos tipos debían desayunar combustible atómico o algo parecido. Había oído hablar de la espléndida guerrita en Asia que les estaba sirviendo de entrenamiento, pero el

colosal movimiento de medios humanos y materiales me hizo dudar del diminutivo. Granados me sentó a su lado en la parte delantera del microbús para adelantarme algunos detalles de la misión.

—¿Puedo preguntar por qué yo, señor?

—Puede: Luciano —lo señaló— sabe algo de inglés y Labourdette y Velázquez hablan francés más o menos, pero en el Ejército español se cuentan con los dedos de una mano los que saben los dos idiomas y, además, son sanitarios.

Me sentí feliz por unos segundos, por primera vez en mi vida militar me mandaban a un destino por mis capacidades, no por mis defectos. Pero la alegría podía durar poco; el mérito era profundamente antiespañol, lo que no auguraba nada bueno. Accedimos al recibidor del aeropuerto.

—¡Dios santo! —exclamó susurrando el comandante.

Una multitud colorida de mujeres ataviadas con vestidos brillantes y estampados, hombres con trajes oscuros, militares survietnamitas, americanos y de otras nacionalidades, que no identifiqué, nos esperaba en perfecta formación. Varias de las jovencitas se adelantaron y nos colocaron collares de flores que agradecí juntando las palmas de las manos, más por inercia de lo visto en el cine que por conocimiento de costumbres orientales. Tras el agasajo, un individuo de los de traje oscuro, pero occidental, se colocó delante de un micrófono instalado en medio de la comitiva de recepción. Tras desdoblar unos folios que sacó del bolsillo interior de su chaqueta, la pos-

tura que adquirió pareció muy profesional; la desenvoltura de sus gestos se debía, en gran medida, a la proporcional distribución de su peso entre las dos piernas, lo que le permitía inclinar el cuerpo hacia delante unos cuantos grados más de lo habitual, ganando en elegancia. La altura, la cara alargada, enjuta, y una mirada seria y hundida me recordaron, por un instante, a los enterradores de los wésterns. Era una de esas figuras que solo necesitan cuatro trazos para hacer una caricatura; sus gruesas gafas le permitían cierto disimulo en los gestos lo que, sin duda, debía ayudar mucho a un diplomático.

—Bienvenidos a Saigón, señores. Mi nombre es Máximo Cajal y soy secretario de la Embajada de España en Bangkok. Su presencia en Vietnam es motivo de inmenso orgullo para el pueblo español. Por primera vez, nuestro país realiza una misión médica humanitaria en el exterior y lo hace para ayudar a un pueblo que está sufriendo una guerra injusta provocada por el comunismo. Estoy seguro de que el esfuerzo personal de todos y cada uno de los miembros de este equipo sanitario va a contribuir a preservar la libertad e independencia del Vietnam.

Jamás había oído que unos cuantos sanitarios pudieran preservar la libertad e independencia de nadie, y menos españoles, que no andábamos muy sobrados de ninguna de las dos. Dudaba de cómo podría encajar nuestro líder en aquellos fines tan democráticos, puesto que el Gran Vigía de Occidente tenía muy claro que dos opciones ya eran demasiadas, que bastaba con la suya y que, en la mayoría de los casos, lo mejor era que no hubiera nada que elegir. Me limité a incorporarme al aplauso que pre-

cedió a la intervención de dos survietnamitas: un señor grueso, de traje gris claro con gafas negras, político por su entonación, y un alto general del Ejército, ambos con una postura oratoria alejada de la de Cajal, que incitaba más a entrar en acción que a sentirse bien recibidos. El mismo hombre que les había susurrado mientras hablaba Cajal, se acercó a nosotros para traducirnos a un español precario, pero comprensible. Los representantes de la Free World Military Assistance Organization, algo así como una alianza del mundo libre para incorporar a Vietnam del Sur a su libertad, nos daban la bienvenida y agradecían nuestra ayuda contra el horrible sufrimiento provocado por los comunistas. Tras un nuevo aplauso más prolongado que el anterior, sonaron por megafonía un himno que supuse que era el de los anfitriones, y el nuestro. Lo bueno de los himnos es que, ya que estamos de pie, con el pecho lleno de aire y el resto del cuerpo, de emoción, lo de irnos derechos hacia el enemigo es más fácil. Cajal hizo las presentaciones de políticos, generales y otros oficiales estadounidenses, australianos, filipinos, neozelandeses, coreanos y tailandeses. Ninguno de mis compañeros pareció darle importancia, pero desde el primer momento tuve la sensación de que tan alta recepción no podía obedecer solo al deseo de agradecimiento a unos médicos españoles.

Después del recibimiento, todo el mundo se quedó departiendo unos minutos en el recibidor, lo que aprovechó Cajal para acercarse a nosotros. La primera impresión sobre su altura, quizá se debió más a la comparación con los survietnamitas. Granados torció un poco el gesto.

—Se supone que estamos en misión secreta...

—Discreta, comandante, discreta, que no es lo mismo. Además, está usted a ocho mil kilómetros de España y me extrañaría que allí se enteren de esto hasta que nuestro gobierno quiera.

—Ya.

El diplomático se dirigió a todos.

—Les ruego que, desde ahora mismo, no olviden lo que ha ocurrido. Aquí las cosas son muy distintas. Para los americanos la propaganda es fundamental, la maquinaria de comunicación es mayor casi que la militar, y para los vietnamitas la hospitalidad es esencial, aunque la expresen con una ceremonia modesta.

—No, no, por favor —interrumpió el comandante—, transmítales nuestro agradecimiento.

—Lo hará él. —Cajal se puso de lado y apareció el hombre que había hecho de traductor en la recepción—. El señor Thang será su chófer, traductor y guía durante los días que estén en Saigón.

—¿Días? —se sorprendió Granados—. Creía que nuestro hospital estaría por aquí.

—Pues ha creído mal. —Todos nos miramos—. Una vez autorizada la misión, su destino es decisión del mando operativo americano y —el diplomático apartó la mirada. Me temí lo peor—... van ustedes a una ciudad que se llama Go Cong, a cincuenta y ocho kilómetros.

—Bueno, no está muy lejos.

El gesto de Cajal pareció de compasión.

—Los barrios de la periferia de Saigón ya están muy lejos.

—¿Qué quiere decir?

—Comandante, vengan un momento.

Con un ridículo intento de disimulo, hicimos un aparte que vio todo el mundo.

—Todas las noches hay ataques a las afueras de la ciudad; Cho Lon, por ejemplo, es un barrio muy peligroso. Les aconsejo que estén cenados antes de las nueve. En este país, solo el centro de Saigón es seguro. Y no les digo nada del delta del Mekong.

Granados comprendió.

—Y nosotros vamos allí.

—Exacto.

Noté una sensación interior, no tanto un ruido como un hecho intestinal.

—Pero no se pongan trágicos. Los arrozales y la selva están en guerra, pero parece que Go Cong no es una ciudad muy conflictiva. Nos han asegurado que los survietnamitas la controlan.

—¿Quién lo ha asegurado? Perdone mi mentalidad militar, señor Cajal, pero supongo que nos darán armas.

—De momento, no.

Mis intentos por no ponerme trágico fracasaron.

—¿Me está queriendo decir que mis hombres van a ir desarmados a una zona de combate? Tendré que presentar una protesta en regla.

—¿En regla? ¿Aquí? —Que Cajal lo alejara de nosotros no nos gustó—. Perdóneme usted mi mentalidad diplomática, pero será más eficaz buscarnos influencias.

Le explicó que allí funcionaba todo mejor por detrás y con dólares por medio. La absurda situación pare-

cía provenir de la resistencia de nuestro Gran Vigía a intervenir militarmente en la guerra.

—No se puede imaginar las presiones que ha tenido el Generalísimo del presidente Johnson, pero solo ha accedido a enviar una misión sanitaria. Los americanos se han molestado y, de momento, se niegan a darnos armas, así que es lo que hay. Además, vienen todos voluntarios, ¿no?

—Casi todos.

—¿Pues qué creían, que venían de vacaciones?

—No sé si los comunistas sabrán que no venimos a luchar.

Cajal le miró a los ojos.

—Pues consiga que lo sepan. Dentro de cuarenta y ocho horas tendrán que estar disponibles para ser trasladados a Go Cong en cualquier momento.

Sin acabar el refrigerio, el señor Thang apareció conduciendo otro microbús, este con rejillas en las ventanas y un oficial americano de copiloto. Lo tenían todo perfectamente organizado, como si fuera una película. Nadie nos pidió los pasaportes, nuestro equipaje no pasó ningún control y ni siquiera tuvimos que declarar el dinero que llevábamos. Cajal había repartido unos extraños billetes de dólar que no se parecían en nada a los que había visto una vez en la base de Torrejón o en el cine. Eran dólares rojos. Oficialmente, explicó, no servían fuera de los establecimientos del Ejército americano, pero valían oro en cualquier negocio del país, también en Go Cong. Recibiríamos la parte proporcional de la paga en ese dine-

ro. Cuando saliéramos del país, podríamos cambiarlos por dólares verdes oficiales; el cambio estaba uno a uno de momento.

El guía tenía un rostro rugoso, no por la edad, sino por la falta de cuidados; su guayabera celeste iluminaba el interior del vehículo.

—¿Para qué son estas rejillas? —pregunté.

—Para evitar *boom, boom* de vietcong.

La onomatopeya y el apodo de los comunistas me pusieron aún más trágico. Nada más salir del aeropuerto, el comandante nos contó la conversación privada con Cajal, lo que provocó un tenso silencio y que me tocara el bolsillo para asegurarme de que mi billetera seguía conmigo. La imagen plastificada de la Virgen María no pararía una granada, pero fue el único consuelo en ese momento. A mis compañeros les extrañó que nuestro Gran Vigía de Occidente se negara a enviar tropas de combate contra cualquier rojo, estuviera donde estuviera, pero era lógico porque no podía vigilar todo el mundo y Oriente debía cubrirlo otro.

El conductor nos dio la bienvenida a la ciudad más segura del sudeste asiático; supuse que sin tener en cuenta el pequeño detalle de las rejillas del microbús. Se esmeró en explicar que estaba a nuestra disposición para llevarnos a todas partes sin restricciones. Tenía diez hijos, lo que me produjo un leve reflujo, a pesar de lo cual le había dado tiempo a estudiar español en la universidad porque quería hacerse cónsul. Cuando empezó la guerra, ante la escasez de traductores de inglés para los estadounidenses, lo llamaron como traductor de los soldados de origen his-

pano. Nos deseaba una estancia agradable y prolongada en Saigón.

—Hotel Majestic, muy bon, al lado de río.

Y, efectivamente, allí estaba el Majestic, un hotel de estilo colonial francés en la calle Tu Dó que, se notaba, había vivido tiempos mejores. Sus paredes descoloridas y los ventanales y puertas descuidados no me sorprendieron viniendo de nuestros cuarteles en España, pero sí me dejó sin habla el gran número de desarrapados que, en cuclillas junto a la pared de cada pasillo, se iba levantando y haciendo una reverencia a nuestro paso. Me tocó compartir habitación con Bravo, José Bravo López Baños, subteniente igual de practicante que yo. Era espaciosa y tenía aire acondicionado, pero contuvimos nuestra euforia al ponerlo en marcha; el ruido que hacía superaba el de la maquinaria bélica americana que, espectacular desde la ventana, se movía como un gigante de mil brazos en el río Saigón.

* * *

Granados nos citó a las trece horas para el almuerzo, horario totalmente fuera de las ordenanzas españolas, militares y civiles, pero que justificó diciendo que había que irse acostumbrando al país. No sabía por qué me daba que, en muchas zonas del Vietnam en guerra, el comer no debía ser cuestión de horario, sino de si había algo que comer. Los ventanales del restaurante, situado en el último piso del hotel, nos permitieron contemplar un espectáculo sobrecogedor por muy soldados que fuéramos.

Cientos de embarcaciones descargaban marines y material de guerra de dos buques de dimensiones elefantinas, casi obscenas, entre el recurrente sonido rotario de decenas de helicópteros. ¿Pero no estaban allí casi de manio- bras? No podía imaginar que la gran potencia mundial estuviera necesitando de todos sus recursos para doble- gar a esos campesinos malnutridos del norte que se co- municaban por mensajeros a pie mientras ellos usaban los radiotransmisores más modernos del planeta. En me- dio, nosotros, un despistado grupo de sanitarios españo- les que no sabía muy bien qué papel iba a jugar en aquel rincón del mundo y menos yo, que parecía ser el único al que nadie se había tomado el más mínimo interés en pre- guntarle si quería venir. Llenamos los estómagos con un menú internacional probablemente venido de alguna de las naciones que nos habían recibido en el aeropuerto, previo preceptivo contrato de abastecimiento en dólares. Para mi tranquilidad digestiva quise pensar que la carne que nadie supo identificar podía ser de canguro; era me- jor que imaginar algo venido de las selvas de Tailandia o Filipinas. El almuerzo sirvió para que después de no sé cuántas horas de viaje, todos nos presentáramos: Juan Outón, Velázquez, Faúndez, Gutiérrez Terán, alias Pa- raca, practicante número 5, Labourdette, capitán Lina- res...; unos desde Canarias, otros de Granada o el Sahara. El formato de la presentación fue lo de menos, aunque no dejó de sorprenderme cierto aire a terapia comunitaria antiadicciones que algún psiquiatra español comenzaba a importar de los estadounidenses. Llevábamos pocas ho- ras bajo su mando y ya empezábamos a imitarlos. Por el

amplio recibidor y los pasillos se extendía una sinfonía de acentos e idiomas irreconocibles. El hotel debía ser uno de los centros de descanso de la prensa internacional porque, cámaras al cinto, multitud de tipos melencolados o calvos, engominados o con cintas en el pelo, deambulaban de aquí para allá cargados de adornos de adolescente aficionado a la velocidad. El señor Thang nos esperaba después del almuerzo para repartir mapas del país con Go Cong remarcado y un folleto propagandístico, Viet-Nam. Fights&Builds for Peace. Entre frase y frase sobre las bonanzas de la alianza por la libertad, informaba acerca de su geografía e historia, incluida la ayuda sanitaria de la República Federal Alemana, Italia, Filipinas o del exilio cubano en Estados Unidos. Supuse que nos nombrarían ya en la siguiente edición. También nos entregó su tarjeta y las identificaciones militares en inglés y vietnamita; ni mi horrible foto logró enturbiar la belleza de aquellos caracteres.

—Si necesitar cualquier cosa, llamar a Vinh Thang a este teléfono. Ahora, jefes dicen que deben descansar de viaje. Mañana estaré aquí a nueve para los que quieran visitar ciudad.

* * *

La luz del aseo era muy tenue, como las de las salas de interrogatorios en las películas. El espejo me permitió comprobar que, definitivamente, había desaparecido cualquier vestigio de la malaria; el tipo que vi volvía a ser bien parecido desde casi todos los ángulos, salvo dos o tres.

Me palpé el cabello oscuro, las mejillas y los brazos que habían recuperado el vigor. Madre podía volver a presumir de hijo. Me tumbé en la cama mientras Bravo toqueteaba el aparato de aire acondicionado sin mucho éxito, me miró y el silencio cómplice le convenció de que sería mejor irnos acostumbrando a aquella insana humedad, sobre todo ahora que empezaba a caer la tarde. A miles de kilómetros de casa, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados en veinticuatro horas y unos cuantos husos horarios. Abrí la carta del Ministerio del Ejército que el comandante me había dado en el avión; contenía una explicación somera de nuestra misión y un código de conducta con diez consejos para comportarnos en Vietnam. Los cinco primeros eran tan genéricos que servían lo mismo para una misión en Argentina, Vietnam o Cuenca. Al sexto me despistó una primera lagartija en el techo; mi compañero encontró dos más; antes de que nos masacraran, sacamos nuestras armas imaginarias y empezamos a disparar; caí herido de cansancio y sueño a los pocos segundos.

Afortunadamente, antes de anochecer el aire acondicionado se puso en marcha por su cuenta provocando una cadena de ronquidos metálicos que nos despertó justo a tiempo para subir a la terraza a disfrutar de una cena a costa del comando americano. Esta parecía provenir de otro contrato en dólares, pero esta vez con los coreanos, sobre todo por aquello de los nombres de platos e ingredientes como *gomtang*, *doenjang* o *gochujang* que descartaban, en principio, a las demás naciones de la gran alianza por la libertad y la democracia. A los postres, el

personal del hotel empezó a mover un gran aparato hacia un lateral desplegando una enorme tela blanca enfrente. ¡Cine al aire libre en Saigón! Y ahí estaba la pantalla delante del cielo negro claro, casi azul marino, de la ciudad. Errol Flynn conducía a su comando por algún lugar de la jungla sorteando a los pérfidos japoneses. Yo traducía susurrando lo que podía, pero estaba seguro de que el mayor Nelson y sus hombres acabarían cumpliendo su objetivo en Birmania. Pronto volvieron mis fantasmas disciplinarios del pasado porque la mayoría de los huéspedes no era consciente de que una celebración tan sagrada no podía interrumpirse con sonadas de mocos, con o sin pañuelo, apreciaciones emotivas sobre lo que estaba ocurriendo en la pantalla o comentarios proféticos sobre lo que iba a ocurrir seguidamente. Entonces me di cuenta de que Granados me vigilaba; era obvio que conocía mi hoja de servicios. No supe si fue su vigilancia, el cansancio del viaje o la emoción del momento, pero todo contribuyó a una especie de terapia de contención que me hizo no llamar la atención a nadie. En el asalto final de Nelson y sus muchachos a la estación de radar japonesa, sonaron cañones y explosiones que se fueron prolongando hasta salir de la pantalla porque, a las nueve en punto, comenzó el ritual que nos había anunciado Cajal. Los morterazos y balas trazadoras se extendieron por el horizonte no muy lejano, dentro de Saigón. Parecía temerario permanecer allí, pero la indiferencia de clientela y camareros nos tranquilizó algo.

—Barrio de Cho Lon, barrio de Cho Lon, *no problem* —me advirtió uno de ellos.

Los Phantom comenzaron a bombardear la zona y las llamas tiñeron de rojo una parte del cielo; un estruendo creaba otro estruendo, temblaba hasta el aire. Solo me relajó definitivamente que, a nuestro alrededor, todo el mundo parecía compartir el «*no problem*» como si estuvieran acostumbrados al retumbar de los cristales y a los apagones intermitentes. El personal del hotel, entre helados, wiskis y cafés, sacaba lámparas o velas, a gusto del cliente, y las colocaba en las mesas con normalidad como si, tras el cine, el combate real en la ciudad formara parte de un espectáculo de variedades preparado para los huéspedes. «*Fantastique! Extraordinary!*» se oía por la azotea.